

L'Africa romana

Mobilità delle persone e dei popoli,
dinamiche migratorie, emigrazioni ed immigrazioni
nelle province occidentali dell'Impero romano

Atti del XVI convegno di studio
Rabat, 15-19 dicembre 2004

A cura di Aomar Akerraz, Paola Ruggeri,
Ahmed Siraj, Cinzia Vismara

Volume secondo



Carocci editore

Volume pubblicato con il contributo finanziario di

 **Fondazione Banco di Sardegna**



**CAMERA DI COMMERCIO
INDUSTRIA ARTIGIANATO
E AGRICOLTURA
SASSARI**



Dottorato di ricerca: "Il Mediterraneo in età classica. Storia e culture".

1^a edizione, novembre 2006

© copyright 2006 by
Carocci editore S.p.A., Roma

Finito di stampare nel novembre 2006
dalle Arti Grafiche Editoriali srl, Urbino

ISBN 88-430-3990-3

Riproduzione vietata ai sensi di legge
(art. 171 della legge 22 aprile 1941, n. 633)

Senza regolare autorizzazione,
è vietato riprodurre questo volume
anche parzialmente e con qualsiasi mezzo,
compresa la fotocopia,
anche per uso interno o didattico.

María Paz García-Gelabert Pérez
Hispanos en el Norte-Noroeste de África
y Africanos en el Sur de la Península Ibérica
en época helenística

En líneas siguientes desarrollo, por necesidades de espacio, un breve estado de la cuestión acerca de los intercambios humanos desde el Sur de la Península Ibérica al Norte-Noroeste de África y viceversa, en época helenística, con ramificaciones hacia tiempos más antiguos. Parto, como base comparativa, de los asentamientos semitas peninsulares y Cartago¹.

Comienzo por el principio, por parte de las primeras noticias leídas en relación con la realidad fenicia en Iberia, en las que pueden observarse pinceladas sobre la movilidad humana entre asentamientos de ambas riberas del Mediterráneo y Atlántico – el Mar Exterior (Strab., 3, 1, 3) –. E incluyo una serie de textos, relativos a los aspectos a tratar, indicando que en absoluto agoto los dichos textos, no es una recopilación totalizadora ni mucho menos, aquí únicamente se encuentran aquéllos que he considerado conveniente incluir para ilustrar los puntos reflejados en el título y otros vinculados.

Los fenicios de Tiro, con un fortísimo apoyo estatal o de la oligarquía, toman carta de naturaleza en el Sur peninsular hispano, fundando numerosos pueblos, según Estrabón (3, 2, 13; 3, 2, 14), y Plinio (*nat.*, 3, 8), además de otros. Entre los asentamientos tírios se desarrolló con mayor fuerza *Gades* (Strab., 3, 5, 5), la más populosa ciudad de Occidente, a la que no ganaba, antes de su espectacular despegue, Cartago. Y no sólo lo era por sí misma, por sus infraestructuras y superestructuras; lo era por las firmas comerciales allí establecidas; lo era por los grandes armadores; lo era por

1. Por la falta de espacio reseñada en texto, y presuponiendo su estancia, fundamentalmente en el Este hispano, los Griegos no son estudiados. Tampoco hago alusión explícitamente a las restantes grandes colonias fenicias y púnicas africanas, mas quede claro que están categóricamente implícitas al escribir sobre Cartago.

la pesca e industrias derivadas como la de salazones; lo era por la afluencia de personas de los más variados lugares, atraídas por los negocios que en esta ciudad cosmopolita podían realizarse: navegantes con asentamiento definitivo o estacional, comerciantes, industriales, intermediarios, pescadores, artesanos, agricultores, en fin igualmente una amplia base de mano de obra asalariada, de una u otra calidad, y con uno u otro oficio, múltiples y, por lo general, tendiendo a lucrativos (la población la engrosaba, sin duda, un crecido número de esclavos como fuerza de trabajo no remunerada); y lo era porque en ella se levantaba el templo más notable y poderoso de Occidente (Strab., 3, 5, 5-7; Mela, 3, 46), el *Heraclion*, dedicado al dios de Tiro Melqart. Y con la fundación de *Gades* en marcha, se comprueba, a través de las obras clásicas, como los Gaditanos – Fenicios, después Cartagineses, cruzados probablemente, no sólo con Turdetanos sino con una exótica serie de grupos humanos que pudieron frecuentar esta ciudad o las restantes fenicias del Sudoeste –, viajan constantemente, por tierra y mar. En este discurso examino las travesías marítimas. ¿Travesías con qué propósito, con qué destino? Propósito y destino pueden ir aunados:

1. Obtención de metales, hasta tal punto que sus periplos hacia las islas Casitérides para adquirir estaño fueron mantenidos en secreto incluso en época romana (Strab., 3, 5, 11).
2. Comercio, llevando a cabo transacciones mediante navegación de cabotaje con las ciudades costeras hispanas, o mediante una cierta navegación de altura hacia las africanas, y hacia Oriente.
3. Pesca, de bajura y de altura. Los pescadores dedicados a esta última pudieron llegar a las costas septentrionales africanas y aún más allá.
4. Negocio de salazones, que suponía movimiento continuo de los que se aplicaban a él, tal vez en régimen de monopolio.
5. Una miscelánea de ocupaciones que encerraba viajes, entre los que hay que contar, por ejemplo, las relaciones familiares.

He aquí los textos anunciados que refrendan el movimiento humano indicado, fundamentalmente por el comercio y la pesca, y fundamentalmente hacia África. Y desde luego son un pálido reflejo, a veces incluso distorsionado, de las vivencias de aquellos tiempos, pero es lo que tenemos. Bien, tenemos además, no pueden olvidarse, los residuos arqueológicos. Pero en algunas ocasiones están deficientemente sistematizados, y pasan por el tamiz de las interpretaciones de arqueólogos, de cuando en cuando mediatizadas

por idearios personales, cuando olvidan que la Arqueología es una ciencia y, por tanto, ha de primar la objetividad. Estrabón (2, 3, 4) expone brevemente la historia de Eudoxo de Cícico (datada probablemente en torno al último cuarto del siglo II a.C.) – transmitida también por Mela (3, 90, 92) y Plinio (*nat.*, 2, 169) –. He ahí el dato que considero apropiado a este estudio: encuentra en el Océano Indico el mascarón de un barco de *Gades*, que lleva una vez en Egipto, a un mercado de Alejandría, donde le informan los marineros que los Gaditanos «navegan con ellos [*hippoi*] hasta el río *Lixos* en la zona de *Maurusia* para pescar», e incluso «más allá del *Lixos*». Sea el río *Lixos* el actual Lukkus o el Draa, lo cierto es que los comerciantes de *Gades* (fenicios-cartagineses, para la época del escrito más bien cartagineses y personas con ascendiente fenicio), navegando en *hippoi*, negociaban con *Lixus*, colonia que, según Artemidoro en Esteban de Bizancio (*Ethn.*), tenía estrecha relación con *Gades*. Otros testimonios se encuentran igualmente en Estrabón:

Dice Posidonio que él observó, desde una casa alta de una ciudad distante de estos sitios [Cádiz y Columnas] 400 estadios, una estrella que le pareció ser Canopo, *porque los que iban de Iberia algo hacia el sur* dijeron que la habían visto (Strab., 2, 5, 14; trad. A. Schulten).

La declaración siguiente, más o menos vaga, evidencia, como se evidenciará una y otra vez, lo que parece muy manifiesto si atendemos a una argumentación racional, las conexiones existentes entre los residentes en las costas andaluzas de la Península y en las africanas del Mediterráneo y del Atlántico:

[...] y que algunos, fiándose de *los comerciantes gaditanos*, como cuenta también Artemidoro, han creído que los que viven más allá de *Maurusia* en Libia, cerca de los Etiópes occidentales, se llaman Lotófagos, porque se alimentan de loto (Strab., 3, 4, 3; trad. M. P. de Hoz).

El dato que aquí interesa es el relativo a los viajes de los Gaditanos, en este caso hacia la costa oeste del continente africano.

Después viene Mellaria, que tiene fábricas de salazón, y luego Belon, ciudad y río – de allí se suele hacer el trayecto a Tingis en *Maurusia* – y [otras] factorías y fábricas de salazón. Junto a Tingis estaba también Zelis, pero los Romanos la trasladaron a la costa opuesta [a Iberia], añadiendo también algunos colonos de Tingis. Enviaron, además, colonos romanos y llamaron a la colonia “*Iulia Iozá*” (Strab., 3, 1, 8; trad. A. Schulten).

El Geógrafo describe una realidad habida en el Sudoeste peninsular y Noroeste africano, y menciona poblaciones, tanto de una como otra ribera marítima, cual es el caso de *Mellaria*, *Belo*, *Tingis*, *Zelis*, *Iulia Iozá*. Y en las dichas líneas hay varios aspectos, muy distanciados en el tiempo, interesantes para este estudio, que reseño únicamente en cuanto a economía:

1. El paso de embarcaciones desde Iberia a *Maurusia*, y evidentemente al contrario, tráfico humano, tráfico mercantil en fin de una u otra calidad, consecuente éste no sólo con las fábricas de salazones que Estrabón localiza en *Belo*, sino consecuente con la probable circulación de muy variados géneros agrícolas, ganaderos, manufacturados. Al respecto de este verosímil intenso comercio, con destino a amplios territorios, es significativa la frase de Estrabón cuando describe *Carthago Nova*:

[...] es el principal emporio para las mercancías que, llegando del interior, han de ser cambiadas por las que vienen del mar y éstas por las que proceden de tierra adentro (Strab., 3, 4, 6; trad. A. García y Bellido).

2. Las fábricas de salazones de *Belo*, con cuyo producto los ciudadanos debieron especular con el entorno, pero mejor con el Norte-Noroeste de África, mercados más lucrativos por la distancia; además de con comerciantes orientales.

3. Una realidad más tardía, el traslado por Roma de un segmento de las poblaciones de *Zelis* y de *Tingis* a Hispania, donde, aportando *deductio* de Itálicos y/o Romanos, fundaron una colonia, *Iulia Iozá*. El motivo es desconocido.

Concerniente a las fábricas de salazones, y asimismo con relación al vaivén humano entre Iberia y África, se reincide en este nuevo párrafo de Estrabón (3, 4, 2-3), al aludir el Geógrafo a *Malaca* y *Sexi*, ambas, como *Abdera*, colonias fenicias, véase:

Malaca (colonia fenicia) es el mercado de los Nómadas² de la costa opuesta de África y tiene grandes fábricas de salazón [...] Sigue la ciudad de los

2. Concerniente al adjetivo nómada en boca de un griego al hacer referencia a los Africanos, según A. GARCÍA Y BELLIDO, *España y los Españoles hace dos mil años*, Madrid 1980, nota 207, no hay que tenerlo excesivamente en cuenta para afirmar un nomadismo, puesto que para los Griegos en esta época y en otras anteriores – las conocidas fuentes Griegas de las que toma Estrabón sus datos –, nómadas y/o bárbaros eran, en general, todos los pueblos que no participaban de su civilización.

Exitanos, de la cual el salazón recibe su nombre Sexi. Después de ésta [Sexi], está Abdera, que también es colonia fenicia (trad. A. Schulten).

La industria de salazones ya fue tenida en cuenta por los hombres de letras en otros tiempos, antes, como entre los siglos IV-III a.C.:

Dicen que los Fenicios que habitan la llamada Gadir, cuando navegan más allá de las columnas de Heracles, con viento de Levante arriban en cuatro días a unos lugares desiertos llenos de algas y de ovas que durante la bajamar no se ven bañados, pero que se inundan con la pleamar. Y que en ellos se encuentra una extraordinaria cantidad de atunes de increíble tamaño y grosor, cuando se quedan varados. Una vez que los salazonan y envasan, los llevan a Cartago. Son éstos los únicos que no explotan los Cartagineses, ya que por la calidad que tienen como alimentos, los consumen ellos mismos (Ps. Arist., *De mirab. ausc.*, 136; trad. A. Bernabé).

Los Fenicios de Cádiz (o los Cartagineses) viajan hacia África, a una región que según la interpretación del párrafo puede tratarse de la de Mogador, donde se hallaba, al parecer, una importante factoría fenicia³. Y otro detalle, en la zona consiguen atunes, que deben transportar para someterlos al proceso de salado a las factorías dependientes de *Gades*. Y en este texto son bosquejados los Cartagineses como claros intermediarios, puesto que refiriéndose a estas salazones se indica expresamente que las referidas las consumen ellos mismos, que son las únicas que no explotan. Relación pues con África de los Gaditanos fenicios o cartagineses, al fin y al cabo ya hispanos, pues el conjunto poblacional, dejando de lado las sucesivas aportaciones orientales, africanas etc., en goteo constante, estaba afincado tiempo ha en Iberia.

Hasta aquí más o menos el protagonismo de los Fenicios, a partir de las posteriores fases aludo especialmente a los Cartagineses, que, en sucesión cronológica, tomaron el testigo de los colonizadores fenicios, no obstante siempre hay una cierta remembranza a los pobladores tirios, que no desaparecen, en esto he de ser reiterativa, aquí están y aquí permanecieron y permanecen aún ahora. Sigamos, presuponiendo la población fundadora llegada de Fenicia a Iberia desde el siglo VIII a.C., en adelante, y presuponiendo, además, la cercanía de Cartago, ya evolucionada desde una mínima colonia a una poderosa ciudad estado, gobernantes y oligarcas –

3. J. MANGAS, D. PLACIDO (eds.), *La Península Ibérica prerromana: de Éforo a Eustacio*, en *Testimonia Hispaniae Antiqua*, II B, Madrid 1999, nota 870.

banqueros, traficantes varios –, pudieron incitar a emigrar a la Iberia semita a los pobladores, ciudadanos o no, constituyentes de un hipotético excedente demográfico, que no debía pasarle demasiado bien. ¿Por qué? Acaso debido a la escasez de tierras cultivables y de materias primas en el ámbito de abastecimiento, conquistado o pactado, de la ciudad. Este problema tuvo que ver con el crecimiento demográfico propio, y aumentado por el flujo humano procedente del este ante la presión asiria, y después por el sometimiento de Tiro a Nabucodonosor II, flujo que no tenía relación alguna con una colonización fenicia tiria sistemática organizada.

Y contingentes de personas, Fenicios, Cartagineses, mestizos libio-cartagineses, Libios, otros grupos ligados a Cartago, ciudadanos o no, pero con un denominador común, la carencia de recursos, y el deseo de encontrar una vida mejor (excluyendo a los potentes negociantes, que contemplaban la Península como inversión), llegaron a Iberia. Es muy posible que no todas las expediciones fueran estatales, es decir gestionadas en el seno de la administración, bien que con la aquiescencia de la misma y mediatizadas por su propaganda. O también pudo haber empresas subterráneas que se encargaran de trasladar personas a Iberia, y aquí dejarlas, bien a su propio arbitrio, bien concertando su asentamiento con los jefes hispanos o fenicios, previo un canon, que eso sí, no es posible, en absoluto, concretar en ningún sentido. En realidad debió darse el sistema de inmigración, en menor escala, y tal vez con menor desesperación, del que se está dando ahora, Marruecos-costas hispanas.

De una forma u otra, pero las investigaciones textuales y arqueológicas no apoyan la idea de que Cartago se encontrara fuertemente involucrada en una específica colonización que implicara soberanía territorial a gran escala del extremo occidental hispano, ésta se hizo realidad con la conquista bárquida.

Los viajeros se fijaron, sobre todo, en el sur de Iberia, y trabajaron allí donde había propuestas, en las fábricas de salazones, o en otras industrias, en la agricultura, como jornaleros, como arrendatarios, en las ciudades y pueblos, en las más diversas labores que a todos nos es dado conocer. A lo largo del tiempo los más fuertes económicamente llegarían a conseguir comprar tierra, bien a los posibles propietarios semitas, bien a los posibles propietarios hispanos o a los jefes políticos o a los hombres religiosos de poblados y/o de tribu. Y ¿desde cuando puede datarse esta afluencia africana hacia Iberia, que no ha lugar a denominarla colonización?

Los tratados romano-cartagineses, transmitidos por Polibio, son un marcador para conocer la actitud de Cartago con referencia a Iberia. En el del año 509 a.C. (Polyb., 3, 22, 1-13; 3, 23, 1-6), no se menciona aquélla. En el del año 348 a.C. (Polyb., 3, 24, 1-16), ya hay una clara limitación impuesta por los Cartagineses a los Romanos y aliados para navegar más allá de *Mastia* y de *Tarseyo*. Existe pues un cambio en la actitud. Se defienden ante Roma los puntos geográficos de interés.

En las obras de historiadores y geógrafos hay alguna que otra alusión a la concurrencia cartaginesa en el extremo occidental; y el sentido común dicta un fuerte mestizaje de sangre cartaginesa-nativa. En el *Periplo del mar de la parte habitada de Europa, Asia y Libia*, atribuido a Scylax de Carandía, que vivió hacia los siglos VI-V a.C., y recogió noticias de época arcaica (GGM, I, p. 16 [51], p. 91 [111]), se mencionan los emporios cartagineses al otro lado del Estrecho: «A partir de las Columnas de Heracles en Europa hay muchos mercados cartagineses», pero es muy cuestionable⁴.

Y la documentación arqueológica⁵, aún insuficientemente organizada, y en parte soterrada por la desbordada posterior romana, permite afirmar, con un mínimo de error, que a partir de la segunda mitad del siglo VI a.C. en adelante, cuando la afluencia oriental se hallaba relativamente paralizada, hubo Cartagineses viviendo en ciudades, pueblos y aldeas fenicias, como en *Gades*, *Carmo*, *Carissa*, *Malaca*, *Sexi*, *Baria*, *Abdera*, y en otros lugares sin nombre propio conocido, en los que siguieron viviendo durante los siglos siguien-

4. Cf. MANGAS, PLACIDO (eds.), *La Península Ibérica prerromana*, cit., nota 741.

5. En el caso que fuere, restos materiales comunes verdaderamente cartagineses, me refiero a lugares de habitación menudos, con los variados residuos generados por la vida cotidiana, apenas se han encontrado salpicando la geografía hispana, a la manera de los hallados para las civilizaciones anteriores, o posteriores; deben descartarse las excavaciones de *Carthago Nova*, las mismas aportan luz sobre el poblamiento cartaginés de la última época, y en todos los aspectos la investigación adolece de datos tempranos. Ha de exceptuarse alguna que otra moneda; y a partir de los siglos VI-V a.C., hay necrópolis, ligadas a poblaciones en origen fenicias, en algunos de cuyos enterramientos, superpuestos a los fenicios, hay ajuares que denotan carácter africano, cf. G. DE FRUTOS REYES, *Aspectos sobre la presencia cartaginesa en la Península Ibérica durante el siglo V a.C.*, en *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía, Córdoba, 1988*, t. 1, Córdoba 1993, p. 128. Entre los cementerios más significativos, además de otros, se cuentan Laurita, Puente de Noy, Velilla, siendo los comienzos en el siglo VII a.C., todos de *Sexi*, ciudad con considerable población cartaginesa; Villaricos (*Baria*), siglo VI a.C. en adelante; Jardín, Málaga, siglo VI a.C.; los de *Carthago Nova*, en ellos ya sin anteriores tumbas fenicias.

tes⁶. Pudiera ser que a través del tiempo, y a partir de las dichas poblaciones fenicias, unos, como indiqué líneas atrás, fueran ganando territorios para cultivar; otros se dedicaran a un comercio con productos que podían suministrarse de Cartago u otras colonias africanas, o bien fabricar en la Península – en este caso tal vez se originaron factorías de pequeño tamaño, que por sus peculiares características de una cierta transitoriedad desaparecieron para la historia –; los más poderosos instalaran fábricas de salazones, con cuyo producto negociarían – alrededor de las mismas se alzarían las viviendas de los propietarios y obreros –; otros se colocarían en las fábricas ya levantadas por los Fenicios; lo que la autora no cree, en el estado actual de la investigación, es que pudieran aplicarse a extraer mineral en minas situadas en regiones de dominio de una determinada tribu o tribus autóctonas. Reitero, con datación alta no hubo colonización, no existe un sólo establecimiento colonial cuya fundación pueda serle achacada exclusivamente a los Cartagineses, salvo los presumibles asentamientos de carácter agrícola imputados a los Libiofenicios. Y ya que escribo acerca de los Libiofenicios, unas palabras sobre ellos, sobre su oscuro asentamiento en el Mediodía y Este hispano⁷. Sean los Libiofenicios verdaderamente el resultado de la combinación de poblaciones fenicias y autóctonas en el Norte de África (Liv., 21, 22), argumentación simplista; sea una denominación dada por los autores antiguos a causa del desconocimiento de su composición étnica, lo cierto es que debió tratarse de excedente poblacional fijado en Iberia por los dirigentes cartagineses, o por iniciativa propia, cuya causa es difícil de definir. La fecha de asentamiento, a pesar de los estudios, no ha lugar a precisarla, debiendo remontarse a tiempos anteriores a la segunda guerra púnica, imposible después por la presencia romana. Sea en uno u otro tiempo, es indudable que ahí debían estar, porque en otro caso no tiene razón de ser el que en los textos se aluda a los pobladores de la zona con un nombre diferente al de la realidad autóctona hispana y a la de la fenicia, e incluso no son llamados, como podría ser, Cartagineses-

6. En este trabajo, por falta de espacio, no trato sobre las islas Baleares, concretamente sobre la Ibiza púnica, bien poblada por Cartago al menos ya en el siglo VI a.C.

7. Cf. A. J. DOMINGUEZ MONEDERO, *Libios, Libiofenicios, Blastofenicios: elementos púnicos y africanos en la Iberia Bárquida y sus pervivencias*, «Gerión», 13, 1995, pp. 221 ss.

Púnicos. Hay alguna que otra anotación sobre los Libiofenicios en distintas épocas, como entre los siglos VI y V a.C.: «Los Cartagineses decidieron que Hannón navegara allende las Columnas de Heracles y que fundase ciudades de Libiofenicios» (*Peripl.*, I, trad. C. Schrader). Hacia finales del siglo V a.C., los menciona Heródoto (frag. 2), situándolos junto a los Tartesios y los Iberos, distinguiéndolos por su carácter de colonos Cartagineses. Más tarde, en el siglo IV a.C., Eforo (Ps. Scymn., 196-198) los cita como colonos de Cartago establecidos en el sur peninsular. Sobre los Libiofenicios escriben igualmente: Hecateo (*FHG*, I F 310, 314); Livio (21, 22) que, determinando el ejército que Aníbal, al comenzar la campaña hacia Italia, entregó a Asdrúbal para sujetar los territorios conquistados en Iberia, escribe que entre la tropa se contaban «450 jinetes libiofenicios, raza medio fenicia medio africana»; Apiano (*Hisp.*, 56) que los llama Bastulofenicios cuando narra que Aníbal asentó entre los Iberos a colonos africanos; Ptolomeo (2, 4, 6), denominándolos Fenicios, Cartagineses o Bástulos; el viejo texto, de que se sirvió Avieno (*ora*, 421), los sitúa en el área meridional. Y parece que la religión dominante en el área libiofenicia es semita – según, parcialmente, la iconografía monetaria.

Cambiando de tema ¿por qué no al contrario emigrantes peninsulares, autóctonos o semitas, hacia África? Por varias razones claras:

1. Si los propios habitantes de África carecían de medios de subsistencia, y en casos habían de emigrar, no iban a encontrarlos unos Hispanos recién llegados.
2. Territorialmente no había medios para hipotéticos inmigrantes hispano-semitas en Cartago y su entorno, a no ser hacia la peligrosa tierra adentro.
3. Los Semitas habían fundado colonias en el Sur hispano, y si permanecían en la Península, en sus colonias, ya muchas con carácter de ciudades, era porque habían desarrollado un modo de vida satisfactorio.
4. Si los Africanos, como está visto, tendían a establecerse en Iberia era porque existían oportunidades de vivir de un modo aceptable, lo que elimina pues la contingencia de malestar para los nativos.
5. Los Hispanos, todos en general, no miraban hacia el exterior lejano para buscar nuevas tierras de cultivo o nuevos mercados.
6. Porque en el conjunto poblacional general de Iberia no debió darse un crecimiento demográfico propio tan acelerado como en Cartago. Y porque, salvo las noticias textuales acerca de la existen-

cia de latifundios y desigualdad social en el seno de las tribus, más en el de las de raíces indoeuropeas, no parece que, en parte, existiera una acusada miseria. Y pudiera ser que la pobreza se mitigara, también parcialmente, por las incursiones de saqueo; por la salida hacia la milicia peninsular y/o extrapeninsular, etc.

Sea como fuera, no hay noticias confirmadas de asentamientos hispanos prerromanos en el Norte-Noroeste de África en general, y en particular en Cartago, exceptuando alguna que otra posible fábrica de salazón, instalada por hispano-semitas; amén de la hipotética permanencia en África de los mercenarios oriundos de tribus peninsulares, trasladados por orden de Aníbal durante la segunda guerra púnica; o salvo cualquier minoría ignorada por la historia.

Ahora volvamos la mirada a las fases relacionadas con la última afluencia púnica en Hispania, militarmente muy corta, a partir del 237 a.C. llegada de Hamílcar a la cabeza de un ejército (Polyb., 2, 1, 5; Diod., 25, 10), y desarrollo de la segunda guerra púnica, hasta su fin en la Península posteriormente a las batallas de *Baecula* e *Ilipa* (208-206 a.C.). Esta última permanencia estuvo motivada evidentemente porque desde tiempos muy remotos era sobradamente conocida la riqueza peninsular. ¿Cómo supieron de sus recursos? Por numerosísimas vías:

1. por la gestión directa de agentes exploradores;
2. por los Fenicios, viejos pobladores peninsulares;
3. por los propios conciudadanos, ya trasladados aquí en unos u otros tiempos, o por los Libiofenicios.

Y ¿por qué Hamílcar y la oligarquía aliada decidieron conquistar Iberia, frente a los partidarios de una posición más volcada hacia el continente africano? Consecuente con la ruina del tesoro estatal, en parte por la pérdida, en la primera guerra púnica (264-241 a.C.), de Sicilia y las islas Eolias en el año 241 a.C., y por la obligación de abonar a Roma una fuerte indemnización, 1.000 talentos euboicos inmediatamente, y 2.200 talentos en diez años (Polyb., 1, 63, 13); y en parte por la guerra de los mercenarios (241-238 a.C.) (Polyb., 1, 67, 7; 1, 68, 9, 9), llevó consigo la renuncia de Cartago a Córcega, y Cerdeña, y la entrega a Roma de una indemnización complementaria de 1.200 talentos. La indiferencia romana permitió a Hamílcar extender su radio de acción hacia la mayor parte de Contestania, hasta el cabo de la Nao, y acaso tierra adentro, y a sus sucesores conquistar mayor cantidad de comarcas, encaminadas al acercamiento hacia las zonas mineras, a excepción de la misteriosa incursión de Aníbal a la Meseta Norte.

Con los ejércitos bárquidas en acción, en Iberia ya hubo dominio territorial, ya hubo fundación de verdaderas ciudades, *Akra Leuke* (Diod., 25, 10); *Carthago Nova* (Diod., 25, 12; Polyb., 2, 13, 1). Mas opino que el gobierno cartaginés, en aquellos momentos empeñado en actividades bélicas, y en extraer la riqueza del subsuelo, no se ocupó excesivamente de establecer ciudadanos desposeídos; en todo caso cierta oligarquía, que evidentemente no tenía nada que ver con los indigentes, y que además componía el gobierno, pudo estar más interesada aún, que en tiempos atrás, en extender sus mercados por la Península, ahora que, por el control militar, existía mayor fluidez, y también en adquirir buenas tierras de cultivo para su explotación intensiva.

Y siguió la guerra de conquista de Iberia. Aníbal al mando del ejército como general en jefe, después de la toma de Sagunto (Liv., 21, 7-8, 11-12, 14-15), y antes de abandonar definitivamente la Península para dar comienzo directamente a la campaña contra Roma, tomó una medida en cuanto a los movimientos humanos referidos en el título, hizo enviar contingentes de soldados mercenarios hispanos a África y africanos a Iberia. Y así, no hallándose ninguno en sus propios territorios, existía menor riesgo, por ejemplo, de desertar. Al respecto de los movimientos de tropas pudiera intuirse un mestizaje en Iberia y en África, por las específicas relaciones de los soldados con las mujeres nativas; y asentamientos estables de soldados hispanos en África. Los asentamientos de soldados africanos en Iberia serían deshechos por las legiones romanas. Son estos los párrafos referidos al traslado de tropas, y con ellos finalizo:

En tercer lugar [Aníbal antes de marchar hacia Italia] se preocupó de la seguridad de Africa, imaginando un recurso ingenioso y prudente: hizo pasar las tropas de Africa a España y las de España a Africa, afianzando con estos lazos la fidelidad entre los dos pueblos (Polyb., 3, 33, 7).

Aquí está muy claro el intercambio étnico, y las posibilidades de mestizaje. Datos parecidos se leen en Livio (21, 21), en el mismo sentido que Polibio (3, 33, 7):

[...] pidió de África un refuerzo de tropas ligeras, en especial lanceros, para que sirviendo los Africanos en España y los Españoles de África, lejos de su país, fuesen todos mejores soldados y estuvieran ligados por mutuas prendas.

También Livio (21, 22). Y eso es todo.

